

# Obras completas

Sigmund Freud

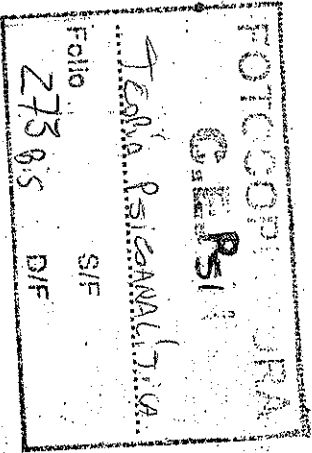
Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey con la colaboración de Anna Freud, asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Facheverry,

Volumen 20 (1925-26)

Presentación autobiográfica  
Inhibición, síntoma y angustia  
¿Pueden los legos ejercer el análisis?  
y otras obras

Amorrortu editores



### III

Para volver al problema del yo: La apariencia de contradicción se debe a que tomamos demasiado rigidamente unas abstracciones y destacamos, de lo que es en sí un estado de cosas complejo, ora un aspecto, ora sólo el otro. La separación del yo respecto del ello parece justificada; determinadas constelaciones nos la imponen. Pero, por otra parte, el yo es idéntico al ello, no es más que un sector del ello diferenciado en particular. Si conceptualmente contraponemos ese fragmento al todo, o si se ha producido una efectiva hibridación entre ambos, se nos hará manifiesta la endeblez del yo. Pero si el yo permanece ligado con el ello, no es separable del ello, entonces muestra su fortaleza. Parecido es el nexo del yo con el superyó: en muchas situaciones se nos confunden, las más de las veces sólo, podemos distinguirlos cuando se ha producido una tensión, un conflicto, entre ambos. Y en el caso de la represión se vuelve decisivo el hecho de que el yo es una organización, pero el ello no lo es: el yo es, necesariamente, el sector organizado del ello. Sería por completo injustificado representarse al yo y al ello como dos ejércitos diferentes, en que el yo procurara sofocar una parte del ello mediante la represión (desalojo), y el resto del ello acudiera en socorro de la parte atacada y midiera sus fuerzas con las del yo. Puede que así suceda a menudo, pero ciertamente no constituye la situación inicial de la represión; como regla general, la moción pulsional por reprimir, permanece aislada. Si el acto de la represión nos ha mostrado la fortaleza del yo, el mismo tiempo, arrestiga su impotencia y el carácter no influye de la moción pulsional singular del ello. En efecto, el proceso que por obra de la represión ha devenido síntoma afirma ahora su existencia fuera de la organización y con independencia de ella. Y no sólo él: también todos sus términos gozan del mismo privilegio, se diría que de «extraterritorialidad»; cada vez que se encuentran por vía asociativa con sectores de la organización yólica cabe

<sup>1</sup> Se refiere a la aparente contradicción entre la fuerza y la debilidad que presenta respecto del ello; cf. *supra*, págs. 87-8.

la posibilidad de que los atraigan y, con esta ganancia, se extiendan a expensas del yo. Una comparación que nos es familiar desde hace mucho tiempo considera al sintoma como un cuerpo extraño que alimenta sin cesar fenómenos de estímulo y de reacción dentro del tejido en que está inserto.<sup>2</sup> Sin duda la lucha defensiva contra la formación de síntomas) hasta donde podemos verlo, es lo que ocurre sobre todo en la conversión histérica. Pero por regla general la trayectoria es otra: al primer acto de la represión sigue un epílogo escénico (*Nachspiel*) prolongado, o que no se termina nunca; la lucha contra la emoción pulsional encuentra su continuación en la lucha contra el sintoma.)

Esta lucha defensiva secundaria nos muestra dos rostros de expresión contradictoria. Por una parte el yo es construido por su naturaleza a emprender algo que tenemos que apreciar como intento de restablecimiento o de reconciliación. El yo es una organización, se basa en el libre comercio, y en la posibilidad de influjo recíproco entre todos sus componentes; su energía desexualizada revela todavía su origen en su aspiración a la ligazón y la unificación, y esta compulsión a la síntesis aumenta a medida que el yo se desarrolla más vigoroso. Así se comprende que el yo intente además cancelar la atención y el aislamiento del sintoma, aprovechando toda oportunidad para ligarlo de algún modo a sí e incorporarlo a su organización mediante tales lazos. Sabemos que un afán de ese tipo influye ya sobre el acto de la formación de sintoma. Ejemplo clásico son aquellos síntomas histéricos que se nos han vuelto transparentes como un compromiso entre necesidad de satisfacción y necesidad de castigo.<sup>3</sup> En cuanto cumplimientos de una exigencia del superyó, tales síntomas participan por principio del yo; mientras que por otra parte tienen la significatividad de unas posiciones (*Positionen*) de lo reprimido y unos puntos de intrusión de lo reprimido en la organización yoica; son, por así decir, estaciones fronterizas con investidura\* mezclada. Merecería una cuidadosa indagación averiguar si todos los síntomas histéricos primarios están edificados así. En la ulterior trayectoria, el yo se comporta como si se guara per

<sup>2</sup> [Esta analogía es criticada en la contribución de Freud a *Estudios sobre la bisexualidad* (1895d), AE, 2, págs. 295-6. Había sido propuesta originalmente en la «Comunicación preliminar» (1893a), *ibid.*, pag. 32.]  
<sup>3</sup> [Un anticipo de esta idea se halla en el segundo de los trabajos de Freud sobre las neurosis de defensa (1896b), AE, 3, págs. 170-2.]

\* (*Besetzung*): significa también «ocupación», «movilización», en sentido militar.]

esta consideración: el sintoma ya está ahí y no puede ser eliminado; ahora se impone avenirse a esta situación y sacarle la máxima ventaja posible. Sobreviene una adaptación al fragmento del mundo interior que es ajeno al yo y está representado (*repräsentieren*) por el sintoma, adaptación como la que el yo suele llevar a cabo normalmente respecto del mundo exterior objetivo (*real*). Nunca faltan ocasiones para ello. Puede ocurrir que la existencia del sintoma estorbe en alguna medida la capacidad de rendimiento, y así permita apaciguar una demanda del superyó o rechazar una exigencia del mundo exterior. Así el sintoma es encargado poco a poco de subrogar importantes intereses, cobra un valor para la afirmación de sí, se fusiona cada vez más con el yo, se vuelve cada vez más indispensable para este. Sólo en casos muy raros el proceso [físico] de enquistamiento de un cuerpo extraño puede repetirse algo semejante. Podría exagerarse también el valor de esta adaptación secundaria al sintoma mediante el enunciado de que el yo se lo ha procurado únicamente para gozar de sus ventajas. Ello es tan correcto o tan falso como lo sería la opinión de que el mutilado de guerra se ha hecho cortar la pierna sólo para quedar exento de trabajar y para vivir de su pensión de invalidez.

Otras configuraciones de sintoma, las de la neurosis obsesiva y la paranoia, cobran un elevado valor para el yo, mas no por el valor que una ventaja, sino porque le deparan una satisfacción narcisista de que estaba privado. Las formaciones de sistemas de los neuroticos obsesivos halagan su amor propio con el espejismo de que ellos, como unos hombres particularmente puros o escrupulosos, serían mejores que otros; las formaciones delirantes de la paranoia abren al ingenio y a la fantasía de estos enfermos un campo de acción que no es fácil sustituirles.

De todos los nexos mencionados resulta lo que nos es familiar como *ganancia secundaria de la enfermedad* en el caso de la neurosis. Viene en auxilio del afán del yo por incorporarse el sintoma, y refuerza la fijación de este último. Y cuando después intentamos prestar asistencia analítica al yo en su lucha contra el sintoma, nos encontramos con que estas ligazones de reconciliación entre el yo y el sintoma actúan en el bando de las resistencias. No nos resulta fácil soltarlas.

Los dos procedimientos que el yo aplica contra el sintoma se encuentran efectivamente en contradicción recíproca. El

<sup>4</sup> [Este tema se trata ampliamente en la 2ª de las Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17).]

otro procedimiento tiene un carácter menos amistoso, prosigue la línea de la represión. Pero parece que no sería lícito reprochar inconsecuencia al yo. El está dispuesto a la paz y querría incorporarse al síntoma, accógielo dentro del conjunto (*Ensemble*) que él constituye. La perturbación parte del síntoma, que sigue escudando su papel de corrector sustituto y retoño de la moción reprimida, cuya exigencia de satisfacción renueva una y otra vez, construyendo al yo a dar en cada caso la señal de displacer y a ponerse a la defensiva.

La lucha defensiva secundaría contra el síntoma es variada en sus formas, se despliega en diferentes escenarios y se vale de múltiples medios. No podemos enunciar gran cosa acerca de ella sin tomar como asunto de indagación los casos singulares de formación de síntoma. Ello nos dará ocasión de entrar en el problema de la angustia, que hace tiempo sentimos como si acechara en el trasfondo. Es recomendable partir de los síntomas creados por la neurosis histérica; aún no estamos preparados para abordar la formación de síntoma en el caso de la neurosis obsesiva, la paranoia y otras neurosis.

## XI. «Addenda»

En el curso de estas elucidaciones se rozaron diversos temas que fue preciso abandonar antes de tiempo y ahora deben reunirse para dispensarles la cuota de atención a que tienen derecho.

### A. Modificación de opiniones anteriores

#### a. *Resistencia y contrainvestigación*

Es una pieza importante de la teoría de la represión {esfuerzo de desalojo} que esta no consiste en un proceso que se cumpla de una vez, sino que reclama un gasto permanente. Si este faltara, la moción reprimida, que recibe continuos aflujos desde sus fuentes, retomaría el mismo camino que fue esforzada a desalojar (*abdrängen*), la represión quedaría despojada de su éxito o debería repetirse indefinidamente.<sup>1</sup> Así, la naturaleza continuada de la pulsión exige al yo asegurar su acción defensiva mediante un gasto permanente. Esta acción en resguardo de la represión es lo que en el empeño terapéutico registramos como *resistencia*. Y esta última presupone lo que he designado como *contrainvestigación*. En la neurosis obsesiva es palpable una *contrainvestigación* así. Se manifiesta como alteración del yo, como formación reactiva en el interior del yo, por refuerzo de la actitud opuesta a la orientación pulsional que ha de reprimirse (compasión, escrupulosidad de la conciencia moral, limpieza). Estas formaciones reactivas de la neurosis obsesiva son, por entero, exageraciones de rasgos de carácter normales, desarrollados en el curso del período de latencia. Más difícil resulta pesquisar la *contrainvestigación* en la histe-

<sup>1</sup> [Cf. «La represión» (1915d), AE, 14, págs. 145-6.]

<sup>2</sup> [Véase una nota mía al pie en «Análisis terminable e interminable» (1937c), AE, 23, pág. 223.]

ria, donde, según nuestra expectativa teórica, es igualmente indispensable. También en ella es inequívoca la presencia de cierto grado de alteración del yo por formación reactiva, y en muchas circunstancias es tan notable que se impone a la atención como el sintoma principal del cuadro. De ese modo se resuelve, verbigracia, el conflicto de ambivalencia de la histeria: el odio hacia una persona amada es sofrenado por una hipertemura hacia ella y un desmedido temor por su suere. Empero, como diferencia respecto de la neurosis obsesiva debe destacarse que tales formaciones reactivas no muestran la naturaleza general de rasgos de carácter, sino que se limitan a relaciones muy especiales. Por ejemplo, la histeria que trata con excesiva ternura al hijo a quien en el fondo odia, no por ello será en el conjunto más amorosa que otras mujeres, ni siquiera más tierna con otros niños. La formación reactiva de la histeria reñene con firmeza un objeto determinado y no se eleva al carácter de una predisposición universal del yo. En cambio, lo característico de la neurosis obsesiva es justamente esta generalización, el afloramiento de los vínculos de objeto, la facilidad para el desplazamiento en la elección de objeto.

Otra clase de contrainvestidura parece más acorde a la especificidad de la histeria. La moción pulsional reprimida puede ser activada (invertida de nuevo) desde dos lados: en primer lugar, desde adentro, por un refuerzo de la pulsión a partir de sus fuentes internas de excitación, y, en segundo, desde afuera, por la percepción de un objeto que sería deseable para la pulsión. Ahora bien, la contrainvestidura histerica se dirige preferentemente hacia afuera contra una percepción peligrosa: cobra la forma de una particular vigilancia que evita, mediante limitaciones del yo, situaciones en que por fuerza emergería esa percepción y, en caso de que esta haya surgido no obstante, consigue sustraer de ella la atención. Autores franceses (Laforgue [1926]) han designado recientemente esta operación de la histeria mediante el nombre particular de «escotomización».<sup>3</sup> En las fobias, cuyo interés se concentra en distanciarse cada vez más de la percepción temida, esta técnica es aún más llamativa que en la histeria. La oposición en la orientación de la contrainvestidura entre histeria y fobias, por un lado, y neurosis obsesiva, por el otro, parece sustantiva, pero no es absoluta. Cabe suponer que existe un nexo más estrecho entre la regresión y la contrainvestidura extrema, así como entre la regresión y la contra-

<sup>3</sup> Freud se explicó acerca de este término, en conexión con el concepto de «desmentidas» («Verleugnungen»), en su trabajo posterior sobre el fetichismo (1927e).]

investidura interna (alteración del yo por formación reactiva). La defensa contra la percepción peligrosa es, por lo demás, una tarea universal de las neurosis. Diversos mandamientos y prohibiciones de la neurosis obsesiva están destinados a servir a este mismo propósito.

Ya tenemos en claro desde antes<sup>4</sup> que la resistencia, que debemos superar en el análisis, es operada por el yo, que se afirma en sus contrainvestiduras. Es difícil para el yo dirigir su atención a percepciones y representaciones de cuya evitación había hecho hasta entonces un precepto, o reconocer como suyas unas mociones que constituyen lo más totalmente opuesto a lo que le es familiar como propio. Nuestro combate contra las resistencias en el análisis se basa en esa concepción de ellas. Hacemos conciente la resistencia toda vez que, como es tan frecuente que ocurra, ella misma es inconciente a raíz de su nexo con lo reprimido; si ha devenido conciente, o después que lo ha hecho, le contraponemos argumentos lógicos, y prometemos al yo ventajas y premios si abandona la resistencia. En cuanto a la resistencia del yo, entonces, no hay nada que poner en duda o rectificar. En cambio, es cuestionable que ella sola recubra el estado de cosas que nos sale al paso en el análisis. Hacemos la experiencia de que el yo sigue hallando dificultades para deshacer las represiones aun después que se formó el designio de resignar sus resistencias, y llamamos «reelaboración» («Durcharbeitens») a la fase de trabajoso empeño que sigue a ese loable designio. Ahora parece indicado reconocer el factor dinámico que vuelve necesaria y comprensible esa reelaboración. Difícilmente sea otra que este: tras cancelar la resistencia yólica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconcientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como *resistencia de lo inconciente*. Que no nos aflijan estas correcciones; bienvenidas sean si nos hacen avanzar en nuestra comprensión; y no son motivo alguno de vergüenza cuando no refutan lo anterior, sino lo enriquecen, llegando el caso restringen una generalidad o amplían una concepción demasiado estrecha.

No cabe suponer que mediante esa corrección hayamos obtenido un panorama completo de las clases de resistencias con que nos-topamos en el análisis. Antes bien, notamos, en una ulterior profundización, que debemos fibrar combates con-

<sup>4</sup> Cf. El yo y el ello (1923b), AE. 19, pág. 191.

<sup>5</sup> Cf. «Recordar, repetir y reelaborar» (1914g), AE. 12, pág. 157. Freud volvió sobre el tema en la sección VI de «Análisis terminable e interminable» (1937c).]

tra cinco clases de resistencia que provienen de tres lados, a saber: del yo, del ello y del superyó, demostrando ser el yo la fuente de tres formas de ella, diversas por su dinámica. La primera de éstas tres resistencias yoicas es la resistencia de *repression*, ya tratada [págs. 147 y sigs.], y acerca de la cual hay poquísimo de nuevo para decir. De ella se separa la resistencia de *transferencia*, de naturaleza idéntica, pero que en el análisis crea fenómenos diversos y mucho más nítidos, pues consigue establecer un vínculo con la situación analítica o con la persona del analista y, así, reanimar como si fuera fresca una represión que meramente debía ser recordada.<sup>6</sup> Es también una resistencia yoica, pero de muy diversa naturaleza, la que parte de la *ganancia de la enfermedad* y se basa en la integración (*Einbeziehung*) del síntoma en el yo. [Cf. págs. 95-6.] Corresponde a la renuencia a renunciar a una satisfacción o a un aligeramiento. En cuanto a la cuarta clase de resistencia, la del *ello*, acabamos de hacerla responsable de la necesidad de la reelaboración. La quinta resistencia, la del *superyó*, discernida en último término y que es la más oscura pero no siempre la más débil, parece brotar de la conciencia de culpa o necesidad de castigo; se opone a todo éxito y, por tanto, también a la curación mediante el análisis.<sup>7</sup>

#### b. Angustia por trasmudación de libido

La concepción de la angustia sustentada en este ensayo se distancia un poco de la que me parecía justificada hasta ahora. Antes yo consideraba la angustia como una reacción general del yo bajo las condiciones del *displacer*, en cada caso procuraba dar razón de su emergencia en términos económicos<sup>8</sup> y, apoyado en la indagación de las neurosis actuales, suponía que una libido (extracción sexual) desautorizada por el yo o no aplicada hallaba una descarga directa en la forma de angustia. Es innegable que estas diversas determinaciones no se compadecen bien o, al menos, no se siguen necesariamente una de la otra. Además, surgió la apariencia de un vínculo particularmente estrecho entre angustia y libido, que, a su vez, no armonizaba con el carácter general de la angustia como reacción de *displacer*.

<sup>6</sup> [Cf. «Recordar, repetir y reelaborar» (1914g), AE, 12, págs. 152 y sigs.]

<sup>7</sup> [Este punto fue considerado en el capítulo V de *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, págs. 49 y sigs.]

<sup>8</sup> [«Ökonomisch». Esta palabra sólo aparece en la primera edición (1926), habiéndolo sido omitida, sin duda por accidente, en todas las posteriores.]

El veto a esta concepción partió de la tendencia a hacer del yo el único almacén de la angustia; era, por tanto, una de las consecuencias de la articulación del aparato anímico intentada en *El yo y el ello*. Para la concepción anterior era natural considerar a la libido de la moción pulsional reprimida como la fuente de la angustia; de acuerdo con la nueva, en cambio, más bien debía de ser el yo el responsable de esa angustia. Por lo tanto: angustia yoica o angustia pulsional (del ello). Puesto que el yo trabaja con energía desexualizada, en la nueva concepción se aflojó también el nexo íntimo entre angustia y libido. Espero que conseguiré al menos aclarar la contradicción, dibujar con exactitud los contornos de la incertidumbre.

La sugerencia de Rank, según la cual, como yo mismo lo afirmara antes,<sup>9</sup> el afecto de angustia era una consecuencia del proceso del nacimiento y una repetición de la situación por cuya vivencia se atravesó entonces, obligó a reexaminar el problema de la angustia. Yo no podía seguirle en su tesis del nacimiento como trauma, del estado de angustia como reacción de descarga frente a él, y de cada nuevo afecto de angustia como un ensayo de «abreaccionar» el trauma de manera cada vez más acabada. Así nos vimos precisados a rememorar la reacción de angustia a la *situación de peligro* que estaba tras ella. Al introducirse este factor surgieron nuevos puntos de vista que debían ser considerados. El nacimiento pasó a ser el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro, planteadas bajo las nuevas condiciones del cambio en la forma de existencia y el progreso en el desarrollo psíquico. Pero al mismo tiempo su significado se limitó a este carácter de referencia arquetípica al peligro. La angustia sentida a raíz del nacimiento pasó a ser el arquetipo de un afecto de angustia que debía compartir los destinos de otros afectos. O se reproducía en situaciones análogas a las originarias, como una forma de reacción inadecuada al fin, después de haber sido adecuado en la primera situación de peligro, o él yo adquiría poder sobre este afecto y él mismo lo reproducía, se servía de él como alerta frente al peligro y como medio para convocar la intervención del mecanismo de *placer-displacer*. El valor biológico del afecto de angustia obtenía su reconocimiento al admitirse que la angustia era la reacción general frente a la situación de peligro; se afirmaba el papel del yo como almacén de la angustia al adjudicársele la función de producir el afecto de angustia de acuerdo con sus necesidades. Así se atribuyen dos modalidades al origen de la angustia en

<sup>9</sup> [Cf. mi «Introducción», *supra*, págs. 80 y sigs.]